

EL SEPULCRO DE LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN EN EL CEMENTERIO DE PARÍS

SANTIAGO LÓPEZ GÓMEZ

Catedrático de I.N.B.

Como consecuencia de la invasión de España por las tropas francesas en 1809, numerosos intelectuales españoles se vieron en la difícil tesitura de tener que decidir entre una monarquía española, aunque antiliberal, contra el invasor francés, o ponerse al lado del monarca José Bonaparte, en espera de conseguir una estabilidad nueva. Leandro Fernández de Moratín, que se inclinó por el rey francés, creía en esa “extraordinaria revolución” que iba a “mejorar la existencia de la monarquía estableciéndola sobre los sólidos cimientos de la razón, de la justicia y del poder”, pues según el autor de *El Sí de las niñas*, la nación española se había visto “engañada por sus magistrados, por sus escritores, por sus grandes, por sus caudillos, por los ministros del templo”¹. Debido a esta actitud claramente “afrancesada”, al terminar la guerra de la Independencia con el triunfo de las armas españolas, Leandro Fernández de Moratín y otros muchos intelectuales de la época —entre ellos su amigo Juan Meléndez Valdés—, fueron obligados a exiliarse en Francia. Moratín tras un breve regreso a España volvió a París, donde murió el día 21 de junio de 1828. Fue enterrado en el cementerio principal de la capital francesa, llamado del padre Lachaise. El terreno donde se erigió el mausoleo era propiedad de la familia Silvela, amiga y protectora del gran comediógrafo español.

Ramón de Mesonero Romanos, tras uno de los frecuentes viajes que efectuó a la ciudad parisina, describe en un interesante y documentado artículo, publicado en septiembre de 1841 en el “Semanario Pintoresco Español” que él mismo dirigía, numerosísimos detalles del cementerio de París, así como del emplazamiento, forma arquitectónica e inscripciones del mausoleo. “Por consecuencia de las varias alternativas de aquella encontrada posición en que las opiniones políticas o la fuerza del destino les coloca, han desaparecido en este desgraciado período los ‘Islas’, los ‘Jovellanos’, los ‘Cienfuegos’, los ‘Meléndez’, los ‘Moratines’, y tantos otros igualmente apreciables por su moral privada y su sincero patriotismo, como dignos del respeto y del entusiasmo nacional por su grande ingenio y laboriosidad. Y sin embargo, han

¹ VIVANCO, L.F.: “Moratín y la Ilustración mágica”, Madrid, 1972.

muerto envueltos en la desgracia, vilipendiados y proscritos, pobres y ancianos los más de ellos, y lejos de una patria a quien habían ilustrado con su saber. ¡Triste fatalidad de nuestros escritores! El inmortal Cervantes, pobre y cautivo, engendró en una cárcel el libro sublime que había de ser el primer título de gloria literaria de su país. Quevedo, Mariana y Luis de León fueron víctimas de más terribles persecuciones; y gracias a la incuria de su siglo, hoy ignoramos dónde reposan los restos mortales de Lope de Vega, de Tirso y de Moreto. El siglo XIX, apellidado 'de las luces', llevando más allá su intolerancia política, ha visto inclinar su venerable cabeza en tierra extraña a Meléndez y Moratín.

No ha faltado, empero, entre nosotros quien ruboroso de esta grave culpa de nuestra época, ha salido a vindicar en parte el nombre español, y cumplido un deber que pudiera llamarse nacional, levantando sobre la tumba extranjera de aquellos dos célebres escritores una piedra amiga que señale su nombre al pasajero. Ya en el número 42 del Semanario insertamos una noticia de la exhumación de los restos de Meléndez Valdés y su decorosa colocación en el cementerio de Montpellier, debida a las diligencias y celos de los SS. Duque de Frías y D. Juan Nicasio Gallego, hoy nos toca revelar a nuestros lectores un tributo semejante rendido a la buena memoria de Moratín por la familia Silvela y otros de sus antiguos amigos.

El cementerio principal de París, llamado del P. Lachaise, es un vasto y magnífico jardín que desde los primeros años del siglo actual en que fue destinado a este sagrado objeto se ha visto cubierto de muchos miles de monumentos artísticos de la mayor magnificencia, y lo que es más, ilustrado con la rica aureola de gloria que derraman por su recinto los muchos nombres ilustres esculpidos en sus lápidas funerarias. En aquella soberbia necrópolis en que entre dos generaciones han venido a pagar el humano tributo un Foy y un Benjamín Constané; un Cueier y un Taima; un Perrier y un Ney; un Massena y un Souchet, grandes reputaciones de su siglo; en aquel sagrado recinto, que, no contento con ellas, han llamado a tan espléndido y mudo congreso los nombres gloriosos de los siglos anteriores, y recogido bajo su tierra amiga los restos del escritor filósofo de la corte de Luis XIV, el admirable Molière; del intérprete de la naturaleza Lafontaine; del cáustico Beaumarchais y del tierno Delille; que ha levantado con los escombros del Paraclito una ella tumba gótica para los desgraciados amantes Abelardo y Eloísa; en aquel jardín, en fin, que renueva la memoria del Eliseo de Virgilio, o sea, la espléndida evocación de todas las sombras venerables de los que en las armas, en las letras, o en la tribuna defendieron e ilustraron a su patria; no puede menos de conmoverse profundamente el hombre sensible o el viajador filósofo que atravesando sus bellos bosques, sus graciosas colinas y sus variados paseos, se halle detenido a cada paso con la multitud de fúnebres monumentos, las estatuas y nombres de las personas célebres que encierra.

Ningún sitio fuera de la capital ofrece puntos de vista más placenteros y variados, y aun considerado meramente bajo el aspecto artístico puede calcularse el interés que ha de excitar un vasto jardín en que se encuentran más de 500 mausoleos de todas las formas y órdenes arquitectónicos, muchos de ellos de extraordinario primor, embellecido el todo por el frondoso ramaje de los árboles y las plantas, y por el interesante espectáculo de los piadosos parientes y amigos que vienen a rendir a los suyos los más tiernos homenajes, vertiendo lágrimas sobre sus tumbas, cubriéndolas de flores y comunicándose con ellos, por decirlo así, a pesar de su muerte; y no se extrañará que a la vista de aquel sublime espectáculo el extranjero suspenso sienta despertar un movimiento de simpatía por una nación que sabe respetar así la memoria de sus pasados. Pero si el viajero es español, crece de todo punto su

interés, al encontrarse frecuentemente en aquel sitio elegantes aunque sencillos mausoleos levantados a la memoria de sus compatriotas, muertos en el destierro por consecuencia de las revueltas civiles.

Bajo un elegante templete circular de mármol, formado por ocho columnas, y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de estado Don Mariano Luis de Urquijo, que falleció en París en 3 de mayo de 1817 a la edad de 49 años; leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripción:

*Il fallait un temple á la vertu,
Un asile á la douleur.*

El embajador duque de Fernán Núñez, el médico García Suelto, el sabio Morales, el marino Guzmán de Carrión, la marquesa de Arneva y otros varios compatriotas, yacen en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan “La isla de los españoles”. El Príncipe de Maderano, grande de España de primera clase, reposa también allí bajo un noble mausoleo, y a su lado sobre una lápida modesta que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español bajo este tierno epígrafe:

*Sur ce noble mortet, aucun ruban n'a lui;
Aucun titre ne le decore;
Mais si l'Espagne eui eu vingt guerriers comme lui,
L'Espagne serait libre encore.*

Pero otro monumento colocado en distinto compartimento del jardín, entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, en el que llama principalmente la atención del viajero español por el hombre ilustre a quien está dedicado, y, por su oportuna colocación inmediatamente vecino a las dos tumbas de Molière y de Lafonataine.

Su forma es sencilla, como se ve, por el exactísimo dibujo que acompaña a este artículo, reduciéndose a su gran pedestal que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico más proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. En el frente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripción:

*Aquí yace
DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATIN
Insigne poeta cómico y lírico,
Delicias del teatro español,
De inocentes costumbres y un amenísimo ingenio
Murió el 21 de junio de 1828*

En los otros tres lados de este mismo cuerpo hay elegantes dísticos latinos, en esta forma:

*Hic yacet HesperiuX deus, immoralé Thalia
omnibusque carum patriae jubebit civem.*

*Nec procul hic jacet cuius vestigia secuius
magnus scenae parens, proximus et tumulo.*

Et posi fata colit fedus amicitia
Manuel Silvela.

En el cuerpo bajo el sepulcro hay las siguientes inscripciones en francés:

Concessions á perpetuité six metres de terrain.
Sepulture de la famille
Silvela et de leur ami
M.L.F. de Moratín.

y más abajo, en las lápidas de la derecha, los nombres de los Srs. *D. Manuel Silvela y Doña Micaela García de Aragón*, su esposa, que yacen también bajo el mismo monumento que elevaron a la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de éste inmediatos a la tumba que encierra los del gran Molière, *cuyas huellas siguió en vida y en muerte*, fue una feliz inspiración, y parece que no dejó de haber inconvenientes para realizarla por estar de antemano ocupado aquel sitio por otras tumbas, pero todo fue vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que reparando el injusto desdén de su patria, acertaron a colocarla al lado de su ilustre modelo, y del pintor fabulista, del filósofo Lafontaine.

En el dibujo que Ramón de Mesonero Romanos hizo sacar en su presencia de todo aquel paisaje, y cuyo grabado acompañaba al artículo que —en parte— estamos transcribiendo, se ven otras tres tumbas en su exacta posición, es decir, en primer término la de Moratín; luego la de Lafontaine, que es una urna sencilla, sobre la cual se ve una zorra de mármol, y la adornan dos relieves que representan las fábulas de *el lobo y la cigüeña*, y *el lobo y el cordero*. Dos pasos más allá está la de Molière, que no es más que un mezquino templete en forma cuadrangular, terminado en un vaso de mármol. Por último, inmediato a la tumba de Moratín, y antes de llegar a ella, se encuentra una magnífica losa de mármol negra elevada como medio metro sobre el piso del jardín, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. Aquí reposan los restos del famoso cantor y compositor español Manuel García”.